

CLASES MEDIAS Y POLÍTICA EN ECUADOR
Simón Pachano
FLACSO, Ecuador

Resumen

El artículo debate la percepción generalizada acerca de la participación de las clases medias en la política ecuatoriana. Toma como punto de partida la identificación de sus características estructurales, tomando como referencia la distribución del ingreso. En un segundo nivel analiza algunas percepciones expresadas en una encuesta seriada que cubre los últimos nueve años. Finalmente discute los acercamientos realizados por diversos autores y propone una hipótesis explicativa que deberá ser sometida a comprobación en futuros trabajos.

Introducción

La participación de las clases medias en la política ha sido un tema prácticamente ausente en las ciencias sociales ecuatorianas. A pesar de que se reconoce su intervención decisiva en varios momentos históricos (Hurtado, 1979; Cueva, 1980; Ibarra, 2008; Paz y Miño, 2002), ellas han permanecido al margen de la investigación y la reflexión académica. Apenas existen algunos acercamientos marginales, más bien de carácter exploratorio y referidas a aspectos que no tienen relación directa con la acción política (Ibarra, 2008; Espinosa, 2009; Goestchel, 2007; 2008). Por ello, no se dispone de bases sólidas para realizar conclusiones acerca de sus preferencias, sus posiciones ideológicas y su incidencia en los hechos que se han sucedido en los últimos años. Frente a estos vacíos, el alcance de este texto es inevitablemente limitado. Su objetivo es analizar algunas referencias generales sobre las actitudes y las preferencias de los sectores que pueden considerarse como clases medias.

Tres anotaciones son indispensables como premisas generales para este acercamiento. En primer lugar, utilizo una definición muy general de clases medias, tomada de la clasificación de las encuestas de opinión, que se basa fundamentalmente en el ingreso y las pautas de consumo de la población, sin prestar atención a su carácter laboral ni a la relación con los medios de producción. Es una definición claramente instrumental que, en consecuencia, permite la utilización de las encuestas como fuente prioritaria de información acerca de las preferencias y las actitudes de estos grupos. En términos estrictos, es más bien una definición de estratos sociales antes que de clase, por tanto más cercana a la perspectiva weberiana que a la marxista y, obviamente, con menor alcance teórico y conceptual que cualquiera de ellas¹.

En segundo lugar, no pretendo cuantificar el tamaño de las clases medias ecuatorianas, ya que al concepto general que uso se suma la ausencia de fuentes confiables para dimensionarlas. Las encuestas de hogares son útiles para una estimación muy general, que sirve de base para una apreciación de conjunto de algunas características de estos grupos, pero no para apreciar su tamaño. Por otra parte, como sostendré más adelante, su

¹ La perspectiva marxista pone el énfasis en la relación con los medios de producción, lo que lleva a una identificación dicotómica de propietarios y desposeídos que, políticamente, se traduce en explotadores y explotados (Marx y Engels, 1973 [1848]). En esta percepción tienen poca cabida los sectores medios, que aparecen como algo residual, como una categoría que se define por negación antes que por sus características propias, como se ve claramente en el tratamiento de su accionar político en el *Dieciocho de Brumario* (Marx, 1968 [1852]). El acercamiento weberiano incluye elementos relacionados con el consumo y el prestigio, que llevan a “hablar de una «clase» cuando 1) un número de personas poseen un componente causal específico de sus oportunidades de vida en común, en la medida en que 2) este componente está representado exclusivamente por intereses económicos en la posesión de bienes y oportunidades de ingresos y 3) está representado bajo las condiciones de mercados de productos o de trabajo” (Weber, 1972 [1921]: 222).

dimensión tiene importancia en algunos aspectos relacionados con las pautas de vida (especialmente de consumo), pero puede ser menos significativa en lo que se refiere a su incidencia política. Su condición de grupo que se halla en permanente proceso de movilidad social le lleva a ocupar un espacio político que puede no guardar relación con su peso proporcional en el conjunto de la sociedad. A esto pueden contribuir algunas de las características que generalmente han sido destacadas como atributos de estas clases, como el desempeño prioritario –si no exclusivo- de actividades no manuales (Franco, 2010: 4) y el acceso a niveles superiores de educación (Portocarrero, 1998: 17; Fuller, 1998: 445), que las colocan en una situación ventajosa en la formación de la opinión pública.

En tercer lugar, considero que siempre es necesario aludir a este conjunto en plural, como *clases medias* y no solamente como *clase media*. Los múltiples aspectos que establecen las diferencias con los sectores situados en los polos de la escala social (independiente de la manera en que ésta se construya), determinan también su heterogeneidad. Por ello es imprescindible comprender la importancia de la definición de los criterios utilizados para la clasificación. Cada uno de los elementos que se tome como parámetro para establecer esas diferencias puede dar lugar a resultados muy diferentes. Esto se aprecia con claridad al comparar los resultados que se pueden obtener de las dos perspectivas con las que se puede proceder a la clasificación².

En el caso ecuatoriano –al igual que en el de muchos países latinoamericanos- hay razones adicionales para la utilización del plural en la identificación de estos sectores. Una de éstas es la gran brecha que se observa en términos espaciales, esto es, entre los asentamientos urbanos y rurales. Las relaciones de producción, los niveles de ingreso, las pautas de consumo y el acceso a los servicios, entre otros, marcan diferencias profundas en esa dimensión. Otra razón se encuentra en las diferencias regionales o territoriales que caracterizan al país. La presencia de *sociedades regionales* –o, si se quiere, de un importante *clivaje* regional- es un hecho que no puede ser desconocido a la hora de analizar la realidad política ecuatoriana (Pachano, 1985; Freidenberg y Alcántara, 2001; Sánchez, 2008: 50).

Una razón que también debe considerarse para destacar la heterogeneidad de estos grupos se encuentra en los matices que emanan de las diferencias étnicas de la población, y que deben ser vistas desde una doble perspectiva. Por un lado, es necesario prestar atención a las particularidades que se presentan en las condiciones de vida de la población, sobre todo en cuanto a organización social, pautas de consumo y relación con el mercado³. Por otro lado, cabe considerar que las diferencias étnicas se han transformado en un *clivaje*, en el sentido de un eje ordenador del conflicto político que debe ser tomado en cuenta en cualquier análisis de los hechos políticos sucedidos en los últimos años (Sánchez, 2008: 191-231). Adicionalmente, es necesario prestar atención a los efectos que pueden derivarse desde el plano político al social, en cuanto la

² En la siguiente sección retomo el tema de la definición de los criterios de clasificación, contraponiendo la perspectiva que se basa en la relación con los medios de producción y la que se asienta en la distribución del ingreso. A su vez, estas dos perspectivas pueden complementarse con las que se basan en dimensiones *objetivas* como la ocupación, el ingreso y la escolaridad, o en dimensiones *subjetivas*, como los valores o la adopción de una identidad de clase media (Franco, 2010: 3; Portocarrero, 1998: 16).

³ La abundante literatura sobre el tema étnico es rica en estudios de caso sobre las pautas de vida y las formas organizativas de los pueblos indígenas. Sin embargo, creo que se puede afirmar que prácticamente no existen estudios sobre las diferencias de clase dentro de esos pueblos y menos aún sobre la existencia de capas medias en su interior.

adscripción a los planteamientos étnicos por parte de personas o grupos de la población tiende a producir en ellos cambios en las pautas de vida⁴.

Estas consideraciones constituyen el marco general de referencia del presente trabajo. A estas se debe añadir un conjunto de hechos políticos sucedidos a lo largo de las últimas dos décadas, en los que la opinión pública ha identificado como sujetos centrales a las clases medias. De manera fundamental, a ellas se les ha atribuido el papel protagónico en por lo menos dos de los tres derrocamientos de presidentes que se produjeron en los años 1997, 2000 y 2005. En efecto, los golpes de Estado de 1997 y 2005 estuvieron precedidos por movilizaciones de sectores sociales que han sido identificados como clases medias urbanas, especialmente de la ciudad de Quito (Pachano, 2005; Ramírez, 2005)⁵. Pero, aunque quedan pocas dudas acerca de la presencia predominante de estos grupos en aquellos hechos (podría decirse que fueron su *base social*), es necesario explicar las motivaciones que los llevaron a asumir esas posiciones y a desarrollar unas prácticas que hasta cierto punto les resultaban ajenas. Más allá de ciertas deducciones elaboradas a partir del encadenamiento de algunos hechos (Paltán, 2005), no existen explicaciones satisfactorias al respecto.

Aún en el caso de la movilización de *los forajidos*, en el derrocamiento de Lucio Gutiérrez en el año 2005 –que es posiblemente la expresión más clara de un repertorio social que tuvo como base a las clases medias-, los escasos estudios existentes son insuficientes para comprender la especificidad de esos hechos⁶. Por el momento se cuenta solamente con algunas pistas generales, que serán tratadas en la última sección de este texto donde presentaré también algunas hipótesis al respecto. De cualquier manera, aún no existen respuestas convincentes acerca del papel político de las clases medias, especialmente en el surgimiento y el desenlace de las movilizaciones que pusieron fin a los tres gobiernos, ni se encuentran explicaciones satisfactorias sobre su posición ante el gobierno de Rafael Correa.

Una identificación de las clases medias

Como he señalado antes, para fines de este trabajo acudo principalmente –pero no exclusivamente- a la distribución del ingreso como criterio para la delimitación de las clases medias. Dejo de lado la relación con los medios de producción, que llevaría a identificar tres grupos, que en términos de la notación utilizada para la clasificación de la población económicamente activa corresponden a propietarios, trabajadores asalariados y trabajadores por cuenta propia. Aunque esta clasificación sería de mucha utilidad para un

⁴ Existen muchos estudios sobre la *aculturación* de los indígenas, esto es, la adopción de pautas de vida ajenas a las que se consideran ancestrales o propias de la vida comunitaria, pero no hay estudios que pongan atención en el camino inverso, desde las pautas de la sociedad mestiza hacia las de carácter indígena.

⁵ El derrocamiento de Jamil Mahuad, en el año 2000, tuvo como protagonistas centrales a las organizaciones indígenas –que venían protagonizando un *levantamiento*, de los muchos que habían realizado desde la década de los noventa- y a un sector militar que desempeñó finalmente el papel determinante. En términos estrictos, fue un golpe militar, a diferencia de los otros dos en que las fuerzas armadas intervinieron *a posteriori* o como árbitro de última instancia. Por otra parte, hay autores que destacan la participación de sectores populares en los derrocamientos de Bucaram (Luna, 1997) y de Gutiérrez (Ramírez, 2005), pero no cabe duda de que no fue esa la característica central de aquellos episodios.

⁶ El término *forajidos* fue una apropiación del calificativo que utilizó el presidente Gutiérrez para referirse a quienes habían protagonizado una manifestación nocturna frente a su casa. En las protestas de los días siguientes –y sobre todo en los mensajes emitidos desde una radio local (*La Luna*) que abrió sus micrófonos para que se expresaran directamente las personas- el término adquirió una connotación positiva y otorgó un sentido de pertenencia. Se puede suponer que hubo una relación estrecha entre el contenido impugnador de éste y la consigna *que se vayan todos* que predominó en las manifestaciones.

estudio sobre la relación de las clases medias con la política, entrar en ese campo rebasaría los límites de este primer acercamiento. Además, la información disponible no permite tender el puente entre esas categorías y la participación política⁷. En consecuencia, cabe utilizar un criterio estrictamente operativo y considerar como clases medias a los dos quintiles intermedios (el tercero y el cuarto), dentro de las encuestas de hogares que sirven como fuente básica de este trabajo⁸.

Por otra parte, antes de iniciar la revisión de las cifras de ingreso de los diversos grupos socioeconómicos es necesario considerar, como premisa general, que la economía ecuatoriana no creció en el período 1980-2000. Aunque hubo años con tasas positivas de crecimiento, en el transcurso de esas dos décadas el producto per cápita se mantuvo inalterable (Banco Central, 2010)⁹. Por consiguiente, a la década perdida de todos los países latinoamericanos, Ecuador añadió otra, originada fundamentalmente en la imposibilidad de arribar a acuerdos en torno a las políticas económicas (Pachano, 2007: 13-37). Pero, el estancamiento económico no afectó por igual a todos los grupos sociales ya que, como se verá de inmediato, la distribución del ingreso entre ellos mostró cambios significativos, especialmente en los momentos de crisis que afectaron a los grupos de menores ingresos. Adicionalmente, cabe considerar que el estancamiento económico se constituyó en fuerte impedimento para lograr una mejor distribución del ingreso ya que dejó poco margen para la aplicación de políticas redistributivas. Así mismo, fue un factor de mucha importancia para frenar la expansión de los grupos medios. Finalmente, se debe destacar el período de crecimiento económico comprendido entre los años 2002 y 2007, con una tasa promedio de 5,1% (Banco Central, 2010).

Una primera visión de la situación de los diversos grupos socioeconómicos se encuentra en el cuadro número 1 y en gráfico número 1, que expresan la distribución del ingreso total personal, esto es, tanto el de origen laboral como el que proviene de la renta. Se destaca en ellos, en primer lugar, el carácter inequitativo de la distribución, expresado en la magnitud de la brecha que existe entre el primer quintil y los demás. En promedio, el primero ha recibido a lo largo de dos décadas (1988-2008) más de la mitad del ingreso (56,6%), con su punto más alto en el año 2001, cuando alcanzó el 64,3%. En el otro extremo, quienes se encontraban en el primer quintil recibieron en promedio el 3,2% del ingreso, con su punto más bajo en el año 2001, cuando apenas obtuvieron el 1,7%, en tanto que su nivel más alto apenas llegó al 4,4% en los años 1990 y 1997. Por tanto, en promedio el quintil más rico contiene más de 17 veces al quintil más pobre, lo que se agudizó en el año de peor distribución (2001), en que llegó a contenerlo casi 38 veces. Se refleja, por tanto, la distribución extremadamente inequitativa, que siempre ha caracterizado a Ecuador¹⁰.

⁷ La fuente más confiable para tender ese puente es la encuesta desarrollada por la Universidad de Vanderbilt (LAPOP), pero aún éste resulta insuficiente por el escaso grado de desagregación y por la dificultad (prácticamente imposibilidad) de establecer la relación con indicadores como los resultados electorales o las movilizaciones sociales.

⁸ Las encuestas de hogares son realizadas por el Instituto Ecuatoriano de Estadística y Censos (INEC), una dependencia estatal y por tanto constituyen la información de carácter oficial. Se aplican desde el año 1988 solamente en el área urbana del país. La fuente consultada para este estudio es la publicación del Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador (SIISE) que desarrolla esa información.

⁹ La economía decreció en 0,8% en la década 1980-1990 y tuvo crecimiento nulo (0,0%) en la siguiente década. Esto llevó a una reducción del ingreso per cápita de 0,3% entre 1981 y 1991 y de 0,6% entre 1991 y 2001. Paralelamente, la pobreza pasó del 34% de la población en 1990 al 56% en 2002 (Acosta (Comp.), 2010)

¹⁰ En un reciente análisis de la economía ecuatoriana se sostiene que “el país es uno de los de mayor inequidad en América Latina que, a su vez, es una de las regiones de mayor inequidad en el mundo” (Acosta (Comp.), 2010: 103). Sin embargo, la evolución del coeficiente de Gini muestra un leve avance en

Un aspecto de interés que se desprende de estas cifras es la distancia que existe entre los sectores que he definido como medios y los que ocupan los extremos de la tabla, que lleva a sostener que ellos se encuentran más cerca a los de menores ingresos. Así, la distancia entre el quintil de más altos ingresos y el cuarto fue de 37,0 puntos porcentuales en el promedio del período, con el nivel más alto en el año 2001, en que llegó a 47,0 puntos. La brecha media entre el quintil de mayores ingresos y el tercero fue de 44,0 puntos porcentuales, con su nivel más alto en el año 2001, cuando llegó a 53,5 puntos. Hacia el otro extremo, la distancia entre el cuarto quintil y el primero (el de menores ingresos) fue de 16,4 puntos para el promedio del período y alcanzó su cúspide en el año 2006 con 18,0 puntos porcentuales. A su vez, la distancia entre el tercero y el primero fue de 9,4 puntos en promedio para todo el período, con 10,7 puntos como distancia máxima en el año 1988¹¹.

Esta posición de mayor proximidad a los sectores de menores ingresos puede inducir a pensar en que también existiría cercanía en los valores, percepciones y posiciones políticas. Este fue un supuesto que guió a varios autores, siempre de manera más intuitiva que empírica, a sostener que históricamente esos sectores habían expresado los intereses de los trabajadores, artesanos y desempleados que no contaban con las condiciones para hacerlo directamente (Cueva, 1980: 56-59). Sin embargo, ya en ese momento se advertía de lo que parecía un cambio en la orientación de estos grupos, cuando se señalaba que “la ‘clase media’ se incorpora en estos años [en la década de 1950] plenamente al sistema (...) la lucha llevada a cabo en los decenios precedentes había dado fruto. La ‘clase media’ de los años 50, compuesta por burócratas relativamente bien instalados y prósperos profesionales liberales y comerciantes, poco tenía que ver con la clase media incipiente y marginada de los años 20” (Cueva, 1980: 58). Este desplazamiento se habría iniciado, según esa interpretación, con el gobierno de Galo Plaza (1948-1952) y se habría expresado posteriormente en el apoyo de estos sectores a la junta militar que gobernó entre 1963 y 1966. Ese cambio obedecería fundamentalmente al ascenso social experimentado por este sector¹².

Un segundo aspecto de interés que ponen en evidencia estas cifras es el impacto diferenciado de la crisis sobre los diversos estratos de ingreso. Si se toma como referencia al año 2001, que refleja los efectos de la crisis financiera de 1999, se puede observar que en ese momento se presentan los puntos más bajos de ingreso de todos los quintiles, con excepción del quinto, el de mayores ingresos, que cuenta precisamente en ese año con su mayor participación en el total. Esto quiere decir que la crisis favoreció a las personas de mayores ingresos, castigó fuertemente a las más pobres y golpeó también a las de ingresos medios. Por consiguiente, profundizó las brechas previamente existentes

el cierre de la brecha, ya que se redujo de 0,580 en el año 2000 a 0,499 en el año 2009, con un incremento hasta 0,600 en el año 2001 (Acosta (Comp.), 2010: 103).

¹¹ Cabe destacar que el cuarto quintil –el más alto de los medios- mantiene una posición muy cercana a la del ingreso medio de la población a lo largo de todo el período. Solamente se separa de la media durante los años 2001 y 2002 que, como se verá de inmediato, reflejan la crisis financiera y económica que afectó al país. Esta característica lleva a considerar a éste como el grupo *típicamente medio*.

¹² Cueva sostiene que el “tinte ‘reformista’ de la dictadura sirvió de justificación para que un sector importante, si no mayoritario de la clase media, apoyara al gobierno (...) había de una parte la joven tecnoburocracia convencida de embarcarse en una empresa ‘técnica’ y no política; de otra parte estaban muchos miembros de la antigua clase media intelectual, entregados ahora a la defensa de un sistema que mal o bien les había permitido ascender. Ansiosos de justificar su viraje ideológico, los ex socialistas que pasaron a asesorar a la Junta hablaron naturalmente de una adhesión a planteamientos ‘modernos’” (Cueva, 1980: 65).

entre el quinto quintil y los demás (lo que se observa en el cuadro número 2 y en el gráfico número 2)¹³.

En efecto, la brecha entre el ingreso del quinto quintil y los demás se profundizaron en los años de la crisis. El número de veces que éste contiene a cada uno de los otros se incrementó desde el año 1998 hasta alcanzar en el año 2001 el punto más alto del período. Así, frente a una media de 19,5 veces que contenía el quintil de mayores ingresos al de menores ingresos, en el año 1999 se situó en 24,9, en el 2000 llegó a 28,8 y en el 2001 alcanzó una dimensión de 37,6. De igual manera la proporción entre ese quintil y el segundo, que tiene una media de 7,4 veces, llegó a 11,0 veces en el año 2001. La proporción del quinto con el tercero –el más bajo de los medios- tuvo una media de 4,5 veces, pero llegó hasta 5,9 en el año mencionado. Finalmente, la proporción con respecto al cuarto quintil (el *típicamente medio*) fue de 2,9 de promedio para todo el período y llegó hasta 3,7 en el año 2001.

Pero, la crisis no acercó los sectores medios a los de menores ingresos, ya que por el contrario se profundizaron las brechas existentes entre ellos. La proporción entre el cuarto quintil y el primero se amplió hasta 10,1 veces, que constituye la más alta del período que muestra una media de 6,6. Así mismo, la proporción entre el cuarto quintil y el segundo se amplió hasta 3,0, frente a una media de 2,5. Solamente entre los dos quintiles considerados como medios (Q4 y Q3) no se produjo el incremento de la brecha, ya que la proporción de veces en que el cuarto contiene al tercero prácticamente se mantuvo dentro de niveles relativamente estables a lo largo del período (con variaciones muy poco significativas dentro de una media de 1,6). Algo similar sucedió con la brecha existente entre los quintiles tercero y primero, que en el año 2001 se situó en 6,3 veces, frente a una media de 4,2 (y a una brecha de 3,0 en el año 1997) y entre el tercero y el segundo, que fue de 1,9 frente a una media de 1,6.

Sin embargo, esto no significa que los grupos medios no fueran afectados por la crisis. Al contrario, como se vio antes, su participación en el ingreso disminuyó significativamente y al mismo tiempo se amplió la brecha con respecto al quintil de mayores ingresos. Por tanto, se produjo un cambio drástico en la tendencia de relativa estabilidad que aparecía hasta ese momento y a la vez se hizo más evidente la distancia con los grupos de mayores ingresos. Aunque no se produjo el ascenso de estos sectores a lo largo de los años anteriores –y en esa medida no se puede sostener que la crisis frustró un camino ya iniciado-, se podría suponer que la combinación de reducción en la proporción del ingreso y de incremento de la brecha con los grupos de mayores ingresos impactaría en las percepciones y conductas de estos sectores. Sin embargo, como se verá en la siguiente sección, esto no ocurrió exactamente así debido ya que no se presentan mayores diferencias entre las percepciones de los diversos grupos. Se puede suponer que la magnitud de la crisis económica del año 1999 y sobre todo la presencia permanente de la inestabilidad política desde 1995 generaron percepciones relativamente similares en todos los sectores sociales, disminuyendo las diferencias derivadas de la especificidad de cada uno de ellos.

Finalmente, se puede ver que la recuperación económica que vivió el país a partir del año 2002 tuvo un impacto moderadamente positivo en la distribución del ingreso, con la consecuente elevación de la participación de los quintiles 4, 3 y 2 en el total. Sin embargo, no fue suficiente para acortar las brechas hasta los niveles previos a la crisis. Estas se han

¹³ Esta concentración del ingreso se expresa en el incremento del coeficiente de Gini, que en el año 2001 alcanza el punto más alto del período con 0,600.

mantenido en umbrales relativamente altos. Por tanto, en términos de distancia en los ingresos (no en términos de monto de estos), la crisis financiera acercó el grupo *típicamente medio* al nivel en que se encontraba el otro grupo medio al iniciar el período. Por consiguiente, el potencial proceso de movilidad ascendente pasaría a demandar mayores esfuerzos y a tener costos mucho más altos para ese grupo.

Un dato adicional, que puede ofrecer pistas acerca de las características de estos grupos, es el del número de perceptores de ingreso en cada hogar. En promedio, en el período 1988-2004, cada hogar urbano tenía 1,7 personas que recibió algún ingreso, con un mayor número en el quinto y cuarto quintiles, que contaron con 2 perceptores¹⁴. El tercer quintil se situaba cerca a ellos, con 1,9, pero el tercero y el segundo bajaban a 1,8 y 1,5, respectivamente. Por tanto, se aprecia una cierta relación positiva entre la participación en el ingreso y el número de perceptores, lo que va en sentido contrario al supuesto que sostiene que en los hogares de ingresos más bajos es necesaria una mayor participación de los miembros de la familia. Posiblemente esta asociación entre ingreso e incorporación a la economía puede explicarse por factores como el acceso a la educación y la profesionalización de la mujer, en los que los quintiles de ingresos más altos cuentan con obvias ventajas¹⁵.

Como conclusiones generales de la información revisada se puede sostener que los sectores medios ecuatorianos han tenido una participación relativamente baja en el ingreso total (32,2% de promedio para la suma de Q4 y Q3 en la media del período), que han vivido en permanente inestabilidad y que no han podido acortar la considerable distancia que tienen con respecto al grupo de mayores ingresos. A partir de estas características, se puede inferir que son grupos relativamente pequeños, que cuentan con escasos recursos de protección frente a los altibajos de la economía y que están obligados a superar umbrales muy altos en el proceso de movilidad social ascendente.

Preferencias y percepciones

En el marco del contexto descrito en la sección anterior se inscriben las percepciones y opiniones que recojo a continuación y que aluden fundamentalmente a valores y solo en menor medida a las condiciones políticas inmediatas. El interés central de esta sección es conocer algunas características de los sectores medios y sugerir algunas explicaciones para las diferencias que se presentan entre sus percepciones y las de los otros grupos socioeconómicos (alto y bajo) identificados en las encuestas¹⁶.

Cabe comenzar por el mayor o menor grado de optimismo que muestran los diversos grupos sociales. En promedio, a lo largo del período el grupo más optimista es el alto,

¹⁴ No incluyo las cifras del año 2005 porque existen dudas acerca de su validez. En ese año se produce un salto del número de perceptores en todos los quintiles, que no encuentra explicación válida. A manera de ejemplo, en el primer quintil se pasa de 1,7 a 5 perceptores y en el tercero de 2,1 a 4,1.

¹⁵ Esta explicación puede ser puesta en duda si se considera que una economía que ofrece mejores condiciones para el empleo de los grupos de altos ingresos debe caracterizarse por altos niveles de productividad y de modernización, lo que no se corresponde con la realidad ecuatoriana. Sin embargo, es altamente probable que ella ocurra en una situación que no presenta esas características pero que, al ser profundamente segmentada, cuenta con un sector moderno y formal que ofrece considerables oportunidades de empleo para la incorporación de las mujeres, mientras que en el sector informal ellas tendrían menor cabida. De todas maneras, es un campo a explorar en futuros estudios.

¹⁶ La información utilizada procede de los “Índices de confianza ciudadana Quantum-Habitus”, en una serie mensual que cubre el período comprendido entre enero de 2002 y marzo de 2010 (Quantum, 2010). Por tanto, son 101 mediciones mensuales, lo que ofrece una buena base para apreciar los cambios que se producen a lo largo del tiempo.

con 60,5% de sus integrantes que consideran que la situación cambiará positivamente en el futuro inmediato. En los otros dos grupos la proporción de quienes tienen esa percepción llegan a 58,7% y 58,3, en el medio y bajo, respectivamente. Por tanto, en una primera visión de conjunto se puede decir que, sin que se presenten diferencias significativas entre los tres grupos, hay una relación positiva entre la situación económica actual y la expectativa hacia el futuro. Pero esta percepción cambia levemente en el año 2005, cuando el optimismo de los sectores altos es compartido por los de menores ingresos (54,9% y 54,8%, respectivamente), en tanto que los grupos medios se muestran menos optimistas (52,9%). En el año 2009 los grupos bajos vieron con más optimismo el futuro, ya que el 67,8% de sus integrantes consideró que su situación tendería a mejorar. En los tres primeros meses del año 2010 se incrementó esa proporción hasta el 68,6% de sus integrantes. Los grupos medios fueron los menos optimistas en el 2009, con 66,0% (los altos se situaron en 66,9%) y estuvieron levemente por encima de los altos en el 2010, con 66,5% y 66,4%, respectivamente.

Como se puede apreciar, las diferencias entre los grupos son demasiado pequeñas para extraer conclusiones acerca de sus especificidades. Incluso cuando se considera la evolución del optimismo a lo largo del período, los tres mantienen la misma tendencia. En efecto, en todos ellos se encuentra un leve descenso desde el año 2002 hasta el 2004 y una curva ascendente bastante pronunciada entre el año 2005 y el 2007. Desde el año 2008 se dibuja nuevamente una tendencia a la baja. El punto inicial de los sectores medios es de 52,5% en el año 2004; llegan a 48,9 en el 2004 y se elevan hasta 73,0% en el 2007. Por tanto, hay un descenso de 3,6 puntos porcentuales entre el 2002 y el 2004, un incremento significativo de 24,1 puntos entre el 2004 y el 2007 y una reducción de 6,5 puntos entre el 2007 y el 2010. Es probable que la explicación para estos cambios –en los tres grupos en general- se encuentre tanto en la evolución de la situación económica como en las condiciones políticas del país. La baja en los años 2002-2004 puede ser el reflejo de la crisis económica de 1999-2000 y de la inestabilidad política en que vivía el país, en tanto que la curva ascendente (2005-2007) tendría una explicación básicamente económica, ya que coincide con la expansión posterior a la dolarización, pero también se asentaría en las acciones políticas desarrolladas por el gobierno de Rafael Correa que inició su mandato en enero del 2007¹⁷. El descenso final (2008-2010) podría deberse a la incertidumbre frente a las políticas económicas gubernamentales (que se expresa sobre todo en el descenso del optimismo en el grupo de altos ingresos) y al clima de confrontación predominante en estos años.

Un indicador cercano a éste es el de la satisfacción con la calidad de vida. La media a lo largo del período muestra –de igual manera que el anterior indicador- la existencia de una débil asociación positiva con el nivel de ingreso. Así, en el grupo de altos ingresos hay mayor proporción de personas satisfechas con su calidad de vida que en los otros dos. Pero, aunque en este caso las diferencias son mayores a las que se observaron en el optimismo, no llegan a ser significativas. Lo más destacable es la distancia entre el grupo de altos ingresos y los otros dos, ya que el primero presenta una media de 57,3% de personas que están satisfechas con su nivel de vida, en tanto que en el medio la proporción es de 52,1% y en el bajo es de 50,0%. Sin embargo, las variaciones a lo largo del período son más pronunciadas. Al transformarlos a números índice, con base en enero del 2002 (equivalente a 100), el grupo de menores ingresos se mueve en un rango de 86,2 puntos, mientras el grupo medio lo hace en un rango de 72,7 puntos y el de altos

¹⁷ Más adelante, al abordar las expectativas sobre la política, me detendré en el impacto de los aspectos políticos –específicamente las acciones del presidente Correa encaminadas a doblegar a los partidos- sobre las percepciones de la ciudadanía.

ingresos en un rango de 51,2 puntos. Por consiguiente, es una variación diferencial de la percepción sobre la propia calidad de vida que hace evidente la asociación señalada entre ésta y el nivel de ingresos. La primera explicación al respecto sería, entonces, que el nivel de ingreso condiciona la percepción de la calidad de vida en cada grupo socioeconómico.

Adicionalmente cabe considerar, como una segunda explicación de esta percepción, a la manera particular en que reacciona ante el entorno económico, social y político cada uno de los grupos. El grupo de menores ingresos presenta su punto más bajo en noviembre de 2003, cuando ya se estaban superando los efectos de la crisis y se manifestaban los efectos positivos de la recuperación económica (especialmente la estabilidad derivada de la dolarización). Por tanto, se podría suponer que esa recuperación no llegó hasta ese grupo o que existieron otros factores que hicieron descender el índice de satisfacción con su nivel de vida. El punto más bajo del sector de mayores ingresos, por su parte, se encuentra en abril del año 2004, cuando se produjo el derrocamiento de Lucio Gutiérrez y la economía mostraba signos de estabilidad. El grupo medio llegó a su punto más bajo en mayo del año 2005, cuando los problemas del país eran básicamente de carácter político. Es decir, no se trata solamente de una percepción alimentada por un elemento hasta cierto punto estático en el corto y mediano plazo, como es el nivel de ingreso, sino también del efecto que tienen sobre ella los cambios que se producen en el contexto político y social.

Un indicador adicional es la confianza en la evolución de la economía. De la misma manera que en los anteriores, en éste no se encuentran diferencias significativas entre los tres grupos socioeconómicos, pero sí llama la atención la baja proporción de personas que consideran que existirá una evolución positiva. En efecto, la media general del período es de alrededor de un tercio (34,2%) de las personas que creen que la economía del país mejorará en el futuro inmediato. Una proporción extremadamente baja si se considera que en cinco de los ocho años recogidos en esta medición hubo tasas de crecimiento económico relativamente altas (4,2% en promedio entre 2002 y 2007, inclusive). Nuevamente se observa una asociación positiva entre nivel de ingresos y confianza en la economía, pero siempre dentro de un margen muy estrecho de diferencia entre los tres grupos. Así, el 36,2% del grupo de más altos ingresos confiaba en una evolución positiva, mientras que esa proporción llegaba a 33,9% en el de ingreso medio y a 32,4% en el de ingreso bajo.

Los tres grupos alcanzaron el punto más alto de confianza en la economía en el mes de mayo de 2007, cuando se vivía el quinto año de crecimiento sostenido y pocos meses después de la posesión del gobierno de Rafael Correa. El punto más bajo de los grupos medios y bajos se encuentra en el primer semestre del 2004, cuando entre los de menores ingresos solamente el 21,4% de las personas mostraron optimismo (en los meses de abril y julio) y en el de ingreso medio fue de 22,5% (en junio de ese año). Por el contrario, el grupo de ingreso alto llegó a su punto más bajo en abril del siguiente año, cuando solamente un 24,5% de las personas que lo integran se mostró optimista con respecto a la economía.

La situación de la familia es evaluada también de manera diferencial por cada uno de los grupos, siempre dentro de una débil asociación positiva con su nivel de ingreso. Así, el 42,1% de los integrantes del grupo de ingresos altos considera que su situación es buena o muy buena, mientras que en el de ingresos media esa proporción es del 39,3% y en el de bajos ingresos es de 36,8%. Los tres grupos presentan la evaluación más positiva en mayo del 2007, el mismo mes en que mostraban más alto grado de confianza en la

economía, lo que puede significar que ante los indicios de mejoramiento de la economía nacional todos los grupos adoptan una percepción positiva de la situación de sus familias. Se trata, por consiguiente, de una percepción basada en expectativas que, de acuerdo a la información revisada en la sección anterior, no se cumplen para los grupos medios y bajos.

Las diferencias más significativas entre los grupos socioeconómicos, en este indicador, se presentan en los primeros años del período, especialmente en los meses finales del año 2004, cuando en los grupos medios y altos hay puntos relativamente altos de percepción positiva, mientras en los de menores ingresos hay puntos bajos. Estas diferencias se expresan también en los momentos en que cada uno de los grupos tiene su percepción más baja, ya que el de menores ingresos alcanza ese nivel en abril del 2004 (con 26,8%) la de ingreso medio en enero del 2006 (con 30,3%) y la de altos ingresos en julio de 2008 (con 29,2%). Se puede sostener, nuevamente, que las condiciones económicas, sociales y políticas inciden de manera diferente en cada uno de ellos, ya que el grupo de ingresos bajos mostraría mayor sensibilidad a la evolución de la economía, en tanto que los otros dos recibirían mayor influencia de los hechos políticos.

Las diferencias son menos notorias a la hora de evaluar la conducción económica. En promedio, poco más de un tercio (36,0%) de los integrantes de los tres grupos consideró que la economía estaba bien conducida, con diferencias mínimas entre ellos (35,7%, 35,9% y 36,4%, para el bajo, medio y alto, respectivamente). Así mismo, los puntos más altos de aceptación de la política económica no difieren sustancialmente (76,1%, 77,1 y 79,0, en el mismo orden) y todos ellos se expresan prácticamente en el mismo momento (abril y mayo del 2007). La curva para llegar a ese nivel se inicia en septiembre del año anterior, y puede ser atribuida nuevamente a la conjunción de buen desempeño económico (ya que corresponden a los últimos meses del período de crecimiento sostenido mencionado antes) y de cambio político radical (es el momento de colapso del sistema de partidos y de inicio del proceso de reformas impulsado por el gobierno posesionado en enero de ese año). Sin embargo, esa curva ascendente cambia de sentido a partir de ese mes y muestra altibajos en el resto del período, pero siempre dentro de una tendencia descendente.

La revisión de este conjunto de percepciones lleva a dos conclusiones generales. En primer lugar, no se encuentran diferencias sustanciales entre los tres grupos, ya que las variaciones entre ellos son poco significativas incluso en los momentos en que se alejan de la media general. Aunque en algunos temas concretos se pueden detectar causas específicas que moldean la percepción de cada uno de los grupos (mayor incidencia de las condiciones económicas sobre uno de ellos, o de los hechos políticos sobre otro), no se puede afirmar que existen percepciones propias de cada uno de ellos. Por el contrario, lo que llama la atención es la cercanía entre los tres. Las curvas que se dibujan a lo largo del período mantienen una misma tendencia, como se puede ver en los respectivos gráficos.

En segundo lugar, es posible identificar tres momentos diferentes o de predominio de tres tipos de percepciones a lo largo del período. La primera percepción, de niveles relativamente bajos en todos los indicadores considerados, corre entre enero del 2002 y el inicio del último trimestre del 2006. La segunda se inicia en los últimos meses de este último año y tiene una tendencia ascendente, que lleva a todos los indicadores a sus puntos más altos. Esta culmina en el segundo trimestre del año 2007, cuando se inicia una tendencia a la baja, que sin embargo no llega a colocar a la mayoría de indicadores en

los niveles anteriores (la excepción se encuentra en la percepción acerca de la situación familiar, que alcanza niveles muy bajos a mediados del año 2008).

Como he venido señalando a lo largo de esta sección, es altamente probable que las percepciones acerca de esos diversos tópicos se originen en los cambios en la economía y en la política. Pero la reacción frente a esos cambios no se produciría de una manera inmediata ni tendría siempre un mismo sentido, esto es, que una de las causas lleve siempre a una reacción previamente determinada. Al parecer, una combinación de ambos factores, los económicos y los políticos, lleva a configurar las reacciones de cada uno de los grupos. Esto es lo que puede explicar resultados aparentemente sorprendentes como los bajos niveles de confianza en el futuro económico y de optimismo, así como las pobres expectativas sobre su situación familiar, en los años de mayor auge económico (2003-2007). Así mismo, esto puede contribuir a explicar la curva ascendente que se dibuja desde finales del 2006 hasta mediados del 2007, en el que coincide el auge económico (en sus últimos momentos) con las medidas políticas del nuevo gobierno que explícitamente estaban encaminadas a terminar con la política que caracterizó a los quince años anteriores¹⁸. Esa suma de una coyuntura económica favorable con las acciones que eran interpretadas como la voluntad de abandonar el largo período de inestabilidad política permitiría explicar aquella evolución de la opinión ciudadana.

Esta misma conjunción de hechos se encuentra en la opinión acerca de la confianza en la política, que constituye un indicador de importancia para el tema tratado en este texto. En promedio, la opinión de los tres grupos no difiere de los que se han visto en los indicadores tratados antes, ya que solamente un 36,5% de las personas confían algo o mucho en la política y en los políticos. Así mismo, no hay diferencias significativas entre los tres grupos, que tienen promedios de 37,7%, 36,1% y 35,5% para el bajo, el medio y el alto, respectivamente. Tampoco son significativos los rangos en que se mueve la percepción de cada uno de ellos, que va entre 22,6% y 55,7% para el de bajos ingresos, entre 20,0% y 56,0% para el de medianos ingresos y entre 18,2% y 55,0% para el de altos ingresos.

También en este caso se dibuja una curva relativamente parecida a la de los anteriores ítems, aunque se advierten dos particularidades que deben ser destacadas. En primer lugar, los tres grupos muestran un punto relativamente alto en los primeros meses del año 2003. Como he señalado antes, este es el momento en que se comenzaron a sentir los efectos de la reactivación económica, lo que puede explicar en buena medida esa opinión positiva. A esta circunstancia cabría añadir que se vivían los primeros meses de un nuevo gobierno, posesionado después de un período de más de tres años de ejercicio de un presidente interino. Es probable, por tanto, que esa valoración positiva de la política reflejara la satisfacción con la situación económica y la expectativa de la gestión política del nuevo gobierno. Esto se apoya, además, en el incremento de las opiniones positivas que se encuentra en la gestión de la economía, que tiene una curva relativamente similar aunque menos pronunciada. Sin embargo, la explicación no resulta totalmente satisfactoria cuando se contraponen esta opinión con la que las mismas

¹⁸ La intervención del gobierno en el congreso, para romper la oposición de éste a la realización de un referéndum para consultar sobre la instalación de una Asamblea Constituyente, fue la señal más clara de la voluntad gubernamental de terminar con las prácticas políticas vigentes. Sin embargo, los procedimientos utilizados para lograr ese objetivo fueron similares a los que se decía combatir, pero fueron aceptados mayoritariamente por la ciudadanía, lo que quiere decir que no se los rechazaba por su contenido sino por los efectos negativos que se desprendían de ellos. De la misma manera, la mayoría de las acciones desarrolladas en los meses posteriores tampoco se diferenciaron de las que habían aplicado los partidos políticos (la *partidocracia*, como fueron calificados por el gobierno).

personas expresaron frente a los demás temas. De manera especial, esa visión positiva debería reflejarse en el optimismo, en la situación familiar y en la visión de la economía hacia el futuro, pero no ocurre de esa manera.

Frente a esto es posible añadir, como elemento adicional a la explicación, un aspecto de carácter eminentemente político. Se trata de la condición del gobierno posesionado en enero del 2003 que, a más de cerrar el ciclo de un interinazgo –que por su propia condición era visto como pasajero y desprovisto de los recursos políticos para el pleno ejercicio gubernamental-, tenía como característica central la de ser el primero del período democrático que contaba con un presidente de la República que no provenía de uno de los partidos políticos tradicionales. Es probable que la valoración positiva de las personas, realizada apenas tres meses después de la posesión (cuando aún no habían señales claras de su orientación política), se desprendiera de esta condición y, en esa medida, expresara una expectativa con respecto al gobierno y, principalmente, constituyera el rechazo a los partidos tradicionales. Cabe considerar que en las elecciones legislativas de octubre de 2002 (realizadas conjuntamente a la primera vuelta de las presidenciales) los partidos tradicionales perdieron veinte puntos porcentuales de su votación y que el candidato presidencial mejor situado de ellos llegó en cuarto lugar, lo que constituye un indicador bastante sólido del rechazo que comenzaba a manifestar la población.

La situación de ese momento y la correspondiente percepción de la ciudadanía se encuentran también en las altas valoraciones que se presentan en los primeros meses del año 2007. Las circunstancias son muy similares, ya que corresponden al cierre de un período de interinazgo, a la elección de un presidente que no provenía de los partidos políticos y a una coyuntura económica favorable. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en los primeros meses del 2003, en esta ocasión en todos los ítems se alcanzaron niveles altos (los más altos del período recogido en las encuestas). Pero, llama la atención que, a pesar de que los principales indicadores económicos del año 2007 se situaron en niveles inferiores a los que se observaron en el 2003, esas valoraciones positivas no tendieron a descender de la manera drástica en que lo hicieron en la ocasión anterior¹⁹. Se puede suponer, entonces, que la diferencia entre ambos momentos radicaría en la manera en que cada uno de los presidentes condujo los aspectos políticos y de manera especial la relación con los partidos tradicionales. Lucio Gutiérrez, el presidente posesionado en el 2003, optó por una política de acuerdos con ellos, mientras que Rafael Correa los enfrentó directamente. Esto querría decir que las consideraciones políticas se impusieron sobre las económicas y determinaron la orientación de la opinión ciudadana, lo que a su vez había sido posible por la atribución de la responsabilidad por el largo período de crisis a los partidos y en general a los políticos²⁰.

Clases medias, política y opinión pública

De lo recogido en las secciones anteriores se pueden extraer tres constataciones. En primer lugar, la distribución del ingreso ubica a las clases medias en una posición más

¹⁹ La tasa de crecimiento de la economía en el año 2002 fue de 4,2%, en el 2003 fue de 3,6%, mientras en los años 2006, 2007, 2008 y 2009 (que son los de altos índices en los ítems considerados en las encuestas) fueron de 3,9%, 2,5%, 6,5%, y -0,4% respectivamente.

²⁰ Esta última afirmación puede ser matizada al considerar el impacto de algunas medidas sociales tomadas por el gobierno de Rafael Correa, de manera especial las que consisten en la entrega de bonos y subsidios directos a determinados estratos sociales. Pero esto sería válido solamente para explicar el incremento de las opiniones positivas en el grupo de menores ingresos.

cercana a los grupos de menores ingresos y por tanto a considerable distancia del quintil de mayores ingresos. En promedio, el cuarto quintil recibió un ingreso equivalente poco más de un tercio (34,9%) del que obtuvo quinto, en tanto que esa proporción apenas rebasó la quinta parte (22,6%) en el caso del tercer quintil. Además de demostrar el alto grado de concentración del ingreso, estas cifras obligan a preguntarse por los efectos que pueden desprenderse de ese condicionamiento estructural en términos de percepciones y conductas de estos grupos. Se podría suponer que sus posiciones tenderían a coincidir con las de los grupos de menores ingresos, pero como se ha visto a lo largo de la sección anterior no hay bases sólidas para una afirmación de esa naturaleza.

En segundo lugar, la reducción de su participación en la distribución del ingreso en los momentos de crisis demuestra que son grupos con alta vulnerabilidad y que no cuentan con elementos de protección para esas eventualidades. Cuando éstas se presentan, el comportamiento de su ingreso sigue una tendencia similar a la de los grupos de menores ingresos y los aleja del estrato más alto. Esto podría significar que se encuentran en permanente riesgo —en especial quienes están dentro del tercer quintil—, con posibilidades ciertas de descender y pasar a formar parte de los grupos de menores ingresos. Se trata, por tanto de estratos caracterizados por la constante inestabilidad y que no cuentan con los recursos de protección necesarios para los momentos de crisis.

En tercer lugar, los tres estratos clasificados en las encuestas no presentan diferencias significativas en cuanto a percepciones y opiniones, por tanto no se puede afirmar que exista un comportamiento específico de esos sectores medios (ni de alguno de los otros). De las cifras recogidas por las encuestas no se puede extraer alguna conclusión acerca de sus preferencias y sobre todo de las diferencias entre los tres estratos de ingreso. Por tanto, no es posible sostener o rebatir las interpretaciones que sugieren un comportamiento específico de estos grupos ni su asociación o cercanía a uno de los otros en particular. Las percepciones de los tres grupos considerados en las encuestas no presentan diferencias sustanciales y más bien mantienen constante regularidad y cercanía, de modo que no se puede atribuir a cada uno una opinión o una reacción específica.²¹

Si esto es así, quedaría sin respuesta la pregunta central que orienta a este trabajo y que apunta al papel político de las clases medias ecuatorianas. La evidencia disponible para determinar su ubicación estructural y para conocer sus percepciones no ofrecen una respuesta al respecto. Sin embargo, como señalé al inicio, en los medios académicos —y en general entre la opinión pública— hay una opinión generalizada acerca de la importancia política que ellas han tenido en diversos momentos en la política nacional. Cabe preguntarse, entonces, si esa opinión está equivocada o si, por el contrario, es acertada y quienes la sostienen presentan argumentos válidos al respecto. La respuesta es claramente negativa en la primera parte, ya que los escasos estudios existentes no aportan elementos que lleven a comprobar que los sectores medios han sido los actores centrales de los episodios a los que se refieren. Pero es más difícil dar una respuesta definitiva para la segunda parte de la pregunta, ya que hay algunos elementos que permiten sustentar la presencia de las clases medias en algunos episodios políticos recientes. Por consiguiente, se puede decir que quienes destacan el papel central de las clases medias en aquellos momentos no están equivocados al hacer su afirmación, pero también se debe aceptar que ellos no entregan pruebas al respecto. Por ello, es necesario identificar los elementos que podrían, hipotéticamente, sustentar aquella afirmación.

²¹ Es probable que esto se deba a las características de la muestra, que es exclusivamente urbana, pero aún en ese caso se podrían esperar mayores diferencias entre los tres estratos.

En esa dirección y previamente a la identificación de esos elementos, es necesario destacar que los episodios a los que se alude cuando se destaca la participación mayoritaria de la clase media son los que concluyeron en el derrocamiento de los presidentes Bucaram, en febrero de 1997 y Gutiérrez, en abril del 2005²². En ambas ocasiones hubo una regularidad de hechos que siguieron una ruta iniciada con a) una acción del gobierno, b) ésta produjo manifestaciones colectivas de rechazo, c) continuó con la creación paralela de una opinión pública favorable a la protesta y d) culminó con la intervención del Congreso que encontró alguna forma –generalmente alejada de los preceptos constitucionales y legales- para darle una salida institucional al conflicto. También la ausencia de violencia en las protestas y la discreta pero efectiva intervención militar fueron comunes a ambas²³.

Las diferencias entre ambos episodios radicarón en las motivaciones y en la modalidad adoptada por el congreso para el desenlace final. La motivación del conflicto en el derrocamiento de Bucaram fue el anuncio de medidas económicas de ajuste (que no llegó a tomarlas en su totalidad)²⁴. Sin embargo, cuando las protestas tomaron cuerpo dejó sin efecto todas las medidas, a pesar de lo cual las protestas continuaron hasta concluir en con el derrocamiento del presidente. Por su parte, el elemento desencadenante para las acciones en contra de Gutiérrez fue la intervención presidencial, por medio del Congreso Nacional, en la Corte Suprema de Justicia y en el Tribunal Electoral²⁵. Por tanto, en ambos casos las movilizaciones sociales fueron impulsadas por factores políticos, aunque los aspectos económicos tuvieron incidencia en el inicio de las protestas en contra de Bucaram. En cuanto a los procedimientos adoptados por el congreso, para el reemplazo de Bucaram no se respetaron las normas establecidas para la sucesión constitucional y se nombró a un presidente interino, mientras que Gutiérrez sí fue reemplazado por su vicepresidente²⁶.

Por último, cabe señalar dos elementos adicionales, uno de similitud y uno de diferencia. La similitud es que en ambos casos los hechos se produjeron dentro de contextos dominados por la alta percepción de corrupción en las esferas gubernamentales. A lo

²² Como he señalado antes, el derrocamiento de Mahuad (enero de 2000) fue claramente un golpe militar. Estuvo precedido por la movilización de los indígenas, pero el elemento determinante fue el asalto al congreso y al palacio presidencial por parte de un grupo de militares de alta graduación, de manera que no cabe incluirlo en el presente análisis.

²³ Los militares intervinieron *a posteriori* y siempre como árbitros de última instancia. En el derrocamiento de Bucaram reivindicaron su responsabilidad frente al Estado como un todo para justificar la tácita desobediencia al Ejecutivo. En el de Gutiérrez simplemente comunicaron el retiro del apoyo al presidente.

²⁴ Bucaram anunció la elevación de precios de productos de primera necesidad, como el gas de uso doméstico y los combustibles. También comunicó su intención de ir hacia un régimen monetario de cambio fijo basado en la convertibilidad del sucre por el dólar norteamericano.

²⁵ En diciembre del año 2004, el Presidente convocó a una reunión extraordinaria del Congreso en la que una mayoría favorable al Gobierno, configurada en ese momento, destituyó sin seguir los procedimientos constitucionales a los integrantes de la Corte Suprema de Justicia, del Tribunal Supremo Electoral y del Tribunal Constitucional. El rechazo fue inmediato y tomó cuerpo cuando las autoridades de Quito convocaron a una concentración en el mes de febrero de 2005. En abril, cuando parecía que perdían fuerza, las protestas se reactivaron en los barrios del norte de Quito donde se asientan los sectores medios. En los barrios del sur fueron casi imperceptibles las movilizaciones.

²⁶ Las reformas de la Constitución realizadas en 1996 y expedidas en enero de 1997 dejaron un vacío en la sucesión presidencial al establecer el reemplazo por parte del vicepresidente únicamente para el caso de ausencia temporal (artículo 101). Considerando que esto se debió a un error en la redacción final del artículo y que no fue un resultado intencional de la reforma, el congreso debía hacer la interpretación correspondiente y respetar el orden sucesorio. Ello no ocurrió debido ya que el acuerdo establecido entre las fuerzas políticas incluía el control de la presidencia de la República. El derrocamiento de Gutiérrez se produjo bajo otra constitución, que establecía con claridad la sucesión en todos los casos.

largo de los dos gobiernos hubo reiteradas denuncias de actos de corrupción, sobre todo en la asignación de contratos y en las compras públicas, lo que creó una opinión pública muy crítica a cada uno de ellos. La diferencia se encuentra en el grado de erosión del sistema político, ya que durante el corto gobierno de Bucaram se vivían los primeros momentos del proceso de debilitamiento de las instituciones y de desconfianza en la política, mientras que en el gobierno de Gutiérrez éste ya presentaba los síntomas de la que sería su etapa terminal. Adicionalmente, debido a que uno de los elementos que provocaban y alimentaban a ese desgaste era la corrupción, el desempeño de cada uno de esos dos gobiernos contribuyó a alimentar los factores de debilitamiento del sistema político. Como he señalado antes, tanto el gobierno de Bucaram como el de Gutiérrez fueron expresiones ajenas al *stablishment*, de modo que en sí mismos expresaban la insatisfacción con la política, pero a la vez, con la alta percepción de corrupción que se generó en torno a ellos y con otras acciones contribuyeron a profundizar ese sentimiento hostil²⁷.

Con estos elementos es posible volver sobre las explicaciones que destacan el papel central de las clases medias en estos episodios y formular una hipótesis tentativa. Como he señalado, los autores que han tratado estos hechos no sustentan su afirmación acerca del lugar central de las clases medias en ellos. Pero se puede deducir que eso fue así debido, en primer lugar, al carácter estrictamente urbano de las movilizaciones y, más que ello, específicamente quiteño. Para mayor abundancia se puede destacar que en ambos casos los escenarios de las protestas fueron los barrios de asentamiento de las clases medias. En este sentido, la ubicación espacial podría ser un indicador del tipo de sectores sociales que constituían el núcleo central de las manifestaciones, e incluso se podría afirmar que conformaban la totalidad de ellas. A esto se podría añadir el tipo de *repertorio* desarrollado, que era el de concentraciones de población de muy diversas edades, generalmente conformadas por familias completas y fuera de las horas laborables.

El otro indicador que puede sustentar hipotéticamente aquella afirmación es el que hace relación a los motivos de las protestas. Como he señalado antes, los factores fundamentales no fueron de carácter económico. Incluso en el caso de Gutiérrez se debe considerar que se vivía un momento de auge de la economía y que la mayor parte de indicadores señalan que hubo un incremento significativo de las condiciones de vida de la población urbana. Por tanto, fueron protestas que podrían calificarse como estrictamente políticas, generadas por las percepciones acerca de los gobiernos, especialmente en temas como la corrupción y la poca confianza que ellos generaban. Como se ha visto en los resultados de las encuestas, los grados de confianza en las instituciones, en los gobiernos y en la política se situaban en esos momentos en sus niveles más bajos, lo que refleja un clima de insatisfacción generalizado. La deducción que se ha hecho a partir de esta situación es que esos temas no eran los que tradicionalmente constituían el contenido de las demandas de los sectores populares y que, por el grado que alcanzaron, lograron movilizar a las clases medias. Sin embargo, las encuestas muestran similares niveles de preocupación acerca de estos aspectos, por lo que este factor resulta insuficiente y se

²⁷ Ambos gobiernos llevaron a la máxima expresión las prácticas particularistas, como el clientelismo –que a su vez era una de las fuentes de corrupción– que tendía a socavar las bases del sistema político y se constituía en un obstáculo para la formulación de políticas de largo alcance. Además, la debilidad de ambos, que habían llegado con escasísimo apoyo parlamentario, les obligó a ambos a profundizar varios de los vicios del sistema políticos, como el establecimiento de alianzas fantasmas (Mejía, 2009), la dependencia de poderosos jugadores con poder de veto (*veto players*) y en general un conjunto de factores que impedían la gobernabilidad (Pachano, 2007).

hace necesario contar con una explicación adicional acerca de la presencia central de esos estratos.

Esta explicación adicional puede encontrarse en la pérdida de vigencia de los movimientos sociales y en la crisis de los partidos políticos. Los primeros tuvieron el papel protagónico a lo largo de la década de 1990 y fueron exitosos en la canalización de los intereses de los sectores populares. El colapso de los partidos políticos, por su parte, dejó un vacío de conducción política con la secuela de incremento de la incertidumbre acerca de la política y de la economía del país²⁸. En conjunto estos dos hechos contribuyeron a incrementar la crisis de representación, que ha sido aludida en numerosos estudios políticos y que expresa a su vez la pérdida de legitimidad de la conducción política y explica en gran medida la imposibilidad de llegar a acuerdos sobre los temas sustanciales y a definir políticas de largo alcance (Mejía, 2002; Sánchez, 2008; Freidenberg, 2010). En esas condiciones, frente a ese *poder vacío* –para el que no se encontraba una solución por más de una década- y frente a la incertidumbre política, los sectores medios habrían decidido actuar directamente, expresándose al margen de una institucionalidad que ya no tenía vigencia ni efectividad.

La confluencia de ese conjunto de factores contribuiría a explicar el lugar protagónico de las clases medias. A pesar de que todos los estratos sociales coincidían en una percepción pesimista, las condiciones habrían impulsado a las clases medias a asumir un conjunto de acciones que anteriormente no formaban parte de su repertorio. Si bien es cierto que desde el inicio del período democrático formaban la parte más numerosa de la elite política, como lo certifican algunos estudios, sin embargo sus acciones transcurrían en el marco de las instancias establecidas y contando con la mediación de los partidos²⁹. Su salida a la calle podría verse entonces como un recurso desesperado frente a la incapacidad del sistema político para procesar el conflicto que se arrastraba por largo tiempo.

La búsqueda de seguridad y certidumbre habría sido el factor determinante para que un sector de los estratos medios asumiera formas de acción directa. Por ello, cuando esos factores dejaron de estar presentes (o, más bien, cuando ya no formaban parte de la percepción ciudadana), esos sectores sociales abandonaron el campo en que habían incursionado y se desentendieron de la política. La búsqueda de orden había culminado con la entrega de todas las responsabilidades a un liderazgo fuerte con capacidad para hacerse cargo de la situación y resolver los problemas que venían preocupándoles por largo tiempo.

²⁸ Cabe reiterar la paulatina pérdida de fuerza de los partidos, que se expresó inicialmente con su bajo desempeño en las elecciones presidenciales a partir de 1992 y con mayor claridad desde 1996. Aunque en conjunto obtenían la mayor parte de escaños legislativos, mostraban claros signos de agotamiento, entre los que se cuenta la elección de *outsiders* como presidentes.

²⁹ La investigación sobre elites parlamentarias, conducida por el Instituto de Estudios de Iberoamérica proporciona valiosa información sobre el origen social de los integrantes de la elite política. Véase también Pachano (1991)

Bibliografía

- Acosta, Alberto (Comp.). 2010. **Análisis de coyuntura. Una lectura de los principales componentes económicos, políticos y sociales de Ecuador durante el año 2009.** Quito. Flacso-Ildis
- Cueva, Agustín. 1980. **El proceso de dominación política en el Ecuador.** Quito. Editorial A. Crespo
- Freidenberg, Flavia. 2010 (en prensa). *Elecciones, partidos y comportamiento electoral en treinta años de democracia en Ecuador (1978-2009)*. En Pachano, Simón (Comp.): **Democracia en América Latina. Balance de tres décadas.** Quito. Flacso. Páginas
- Freidenberg, Flavia y Manuel Alcántara. 2001. *Cuestión regional y política en Ecuador: partidos de vocación nacional y apoyo regional*. En **América Latina Hoy**. 27. Páginas 123-152
- Fuller, Norma. 1998. *Las clases medias en las ciencias sociales*. En Portocarrero, Gonzalo (Comp.): **Las clases medias: entre la pretensión y la incertidumbre.** Lima. Sur. Páginas 443-458
- Goetschel, Ana María. 2008. *Educación y formación de las clases medias*. En **Ecuador Debate**. 74. Páginas 123-136
- Hurtado, Osvaldo. 1979. **El poder político en el Ecuador.** Quito. Universidad Católica
- Ibarra, Hernán. 2008. *Notas sobre las clases medias ecuatorianas*. En **Ecuador Debate**. 74. Páginas 37-62
- Luna, Milton. 1997. *Bucaram, ¡Fuera!: la voz de los movimientos profundos*. En Eskeletra (Comp.): **¿Y ahora qué...?** Quito. Eskeletra. Páginas 197-228
- Marx, Karl. 1968 (1852). **El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte.** Madrid. Ariel
- Marx, Karl y Federico Engels. 1973 (1848). **El manifiesto comunista.** Buenos Aires. Ciencias del Hombre
- Mejía, Andrés. 2002. **Gobernabilidad democrática.** Quito. Fundación Konrad Adenauer
- Mejía, Andrés. 2009. **Informal Coalitions and Policymaking in Latin America. Ecuador in Comparative Perspective.** New York. Routledge
- Pachano, Simón. 1985. *Movimientos sociales regionales*. En Verdesoto, Luis (Comp.): **Movimientos sociales en el Ecuador.** Quito. ILDIS. Páginas 151-181
- Pachano, Simón. 1991. **Los diputados: una élite política.** Quito. Corporación Editora Nacional

- Pachano, Simón. 2005. *Ecuador: cuando la inestabilidad se vuelve estable*. En **Iconos**. 23. Páginas 37-44
- Pachano, Simón. 2007. **La trama de Penélope**. Quito. Flacso-Ágora Democrática-Idea-Inmd
- Paz Y Miño, Juan. 2002. **La Revolución Juliana. Nación, ejército y bancocracia**. Quito. Abya-Yala
- Portocarrero, Gonzalo. 1998. *Introducción. Ajuste de cuentas: las clases medias en el trabajo de Tempo*. En Portocarrero, Gonzalo (Comp.): **Las clases medias: entre la pretensión y la incertidumbre**. Lima. Sur. Páginas 13-34
- Quantum. 2010. *Índices de confianza ciudadana Quantum-Habitus. 2002-2010. Estudios de mercados y culturas*. Servi quanti-Habitus.
- Ramírez, Franklin. 2005. *Insurrección, legitimidad y política radical*. En **Iconos**. 23. Páginas 83-92
- Sánchez, Francisco. 2008. **¿Democracia no lograda o democracia malograda?. Un análisis del sistema político del Ecuador: 1979-2002**. Quito. Flacso
- Weber, Max. 1972. *Estructuras de poder*. En Gerth, H. H. y C. Wright Mills (Comp.): **Ensayos de sociología contemporánea**. Barcelona. Ediciones Martínez Roca. Páginas 195-324

Cuadros y gráficos

Cuadro N° 1
Ingreso total personal por quintiles de población, 1988-2008

Años	Promedio nacional urbano	Q1	Q2	Q3	Q4	Q5	Total
1988	20,1	3,9	10,0	14,6	21,1	50,4	100,0
1989	19,8	4,8	10,4	14,5	21,2	49,1	100,0
1990	20,5	4,4	9,3	14,0	20,6	51,7	100,0
1991	19,9	4,2	8,3	12,6	19,2	55,7	100,0
1992	19,8	4,0	8,7	13,3	20,1	54,0	100,0
1993	20,0	3,6	8,1	12,8	19,4	56,1	100,0
1994	19,5	3,8	8,5	13,1	19,6	55,0	100,0
1995	20,0	4,0	8,8	13,2	19,1	54,9	100,0
1996	19,8	4,1	8,6	13,5	20,9	53,0	100,0
1997	19,9	4,4	9,0	13,2	19,4	54,0	100,0
1998	20,0	3,8	8,3	13,3	20,5	54,1	100,0
1999	19,9	2,5	6,4	11,3	18,7	61,2	100,0
2000	19,9	2,2	6,1	11,1	18,2	62,5	100,0
2001	19,9	1,7	5,8	10,8	17,3	64,3	100,0
2002	20,1	2,4	7,3	11,8	18,5	60,0	100,0
2003	20,2	2,1	6,7	11,7	19,4	60,1	100,0
2004	20,0	2,1	6,7	11,3	18,8	61,1	100,0
2005	20,3	2,4	7,2	12,2	19,8	58,4	100,0
2006	19,8	2,5	7,8	12,8	20,5	56,4	100,0
2007	20,0	2,6	7,2	11,6	19,0	59,7	100,0
2008	20,0	2,9	7,9	12,4	20,3	56,5	100,0
MEDIA	20,0	3,2	8,0	12,6	19,6	56,6	100,0

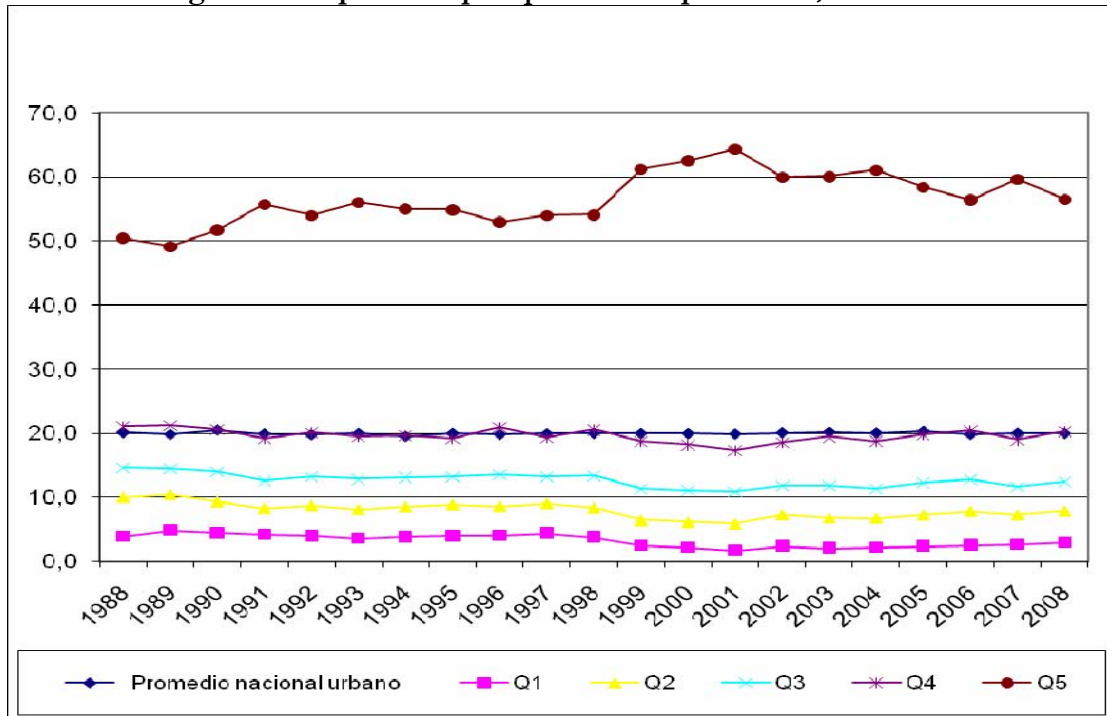
Fuente: Encuestas de hogares. Elaboración del autor

Cuadro N° 2
Proporciones entre quintiles

Años	Q5/Q1	Q5/Q4	Q5/Q3	Q4/Q3	Q4/Q1	Q3/Q1
1988	13,0	2,4	3,4	5,1	5,4	3,8
1989	10,3	2,3	3,4	4,7	4,5	3,0
1990	11,7	2,5	3,7	5,6	4,7	3,2
1991	13,3	2,9	4,4	6,7	4,6	3,0
1992	13,6	2,7	4,1	6,2	5,1	3,3
1993	15,8	2,9	4,4	6,9	5,5	3,6
1994	14,6	2,8	4,2	6,5	5,2	3,5
1995	13,9	2,9	4,1	6,2	4,8	3,3
1996	13,1	2,5	3,9	6,2	5,2	3,3
1997	12,4	2,8	4,1	6,0	4,4	3,0
1998	14,4	2,6	4,1	6,5	5,5	3,5
1999	24,9	3,3	5,4	9,5	7,6	4,6
2000	28,8	3,4	5,7	10,3	8,4	5,1
2001	37,6	3,7	5,9	11,0	10,1	6,3
2002	25,1	3,2	5,1	8,2	7,8	5,0
2003	29,3	3,1	5,1	8,9	9,5	5,7
2004	28,6	3,3	5,4	9,1	8,8	5,3
2005	24,8	2,9	4,8	8,1	8,4	5,2
2006	22,4	2,8	4,4	7,2	8,1	5,1
2007	23,1	3,1	5,2	8,3	7,3	4,5
2008	19,3	2,8	4,6	7,2	6,9	4,2
MEDIA	19,5	2,9	4,5	7,4	6,6	4,2

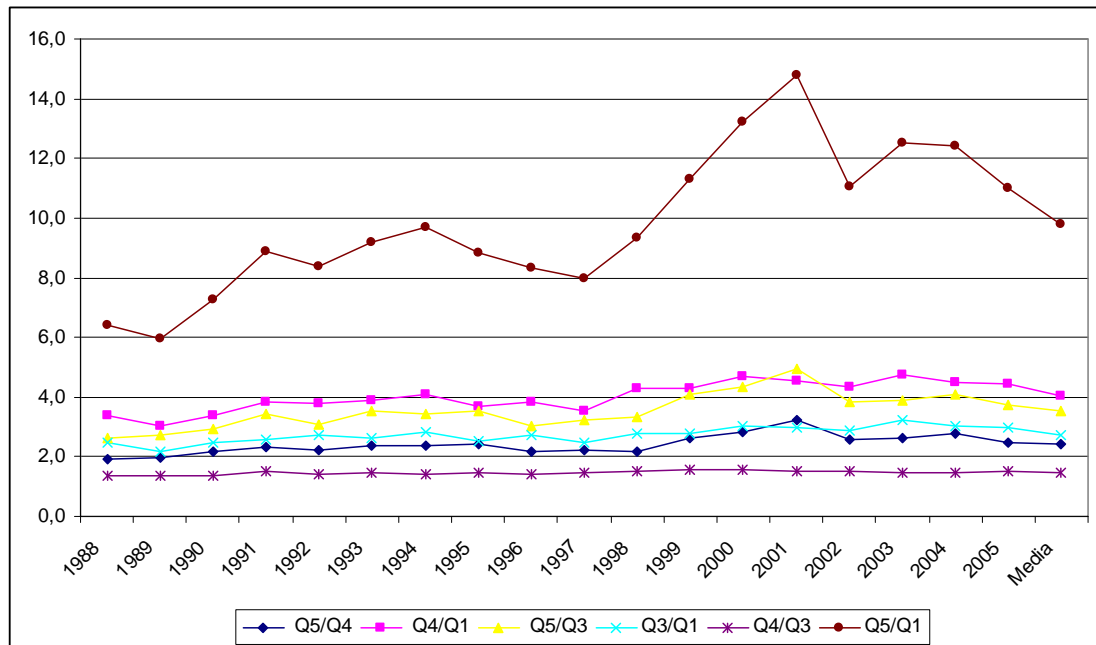
Fuente: Encuestas de hogares. Elaboración del autor

Gráfico N° 1
Ingreso total personal por quintiles de población, 1988-2008



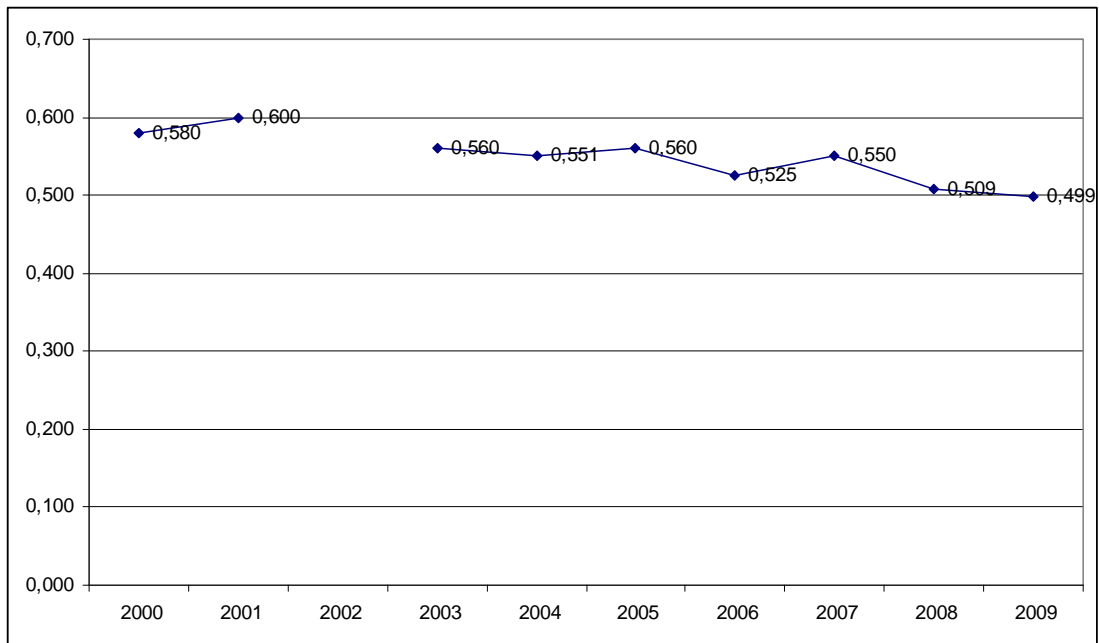
Fuente: Encuestas de hogares. Elaboración del autor

Gráfico N° 2
Proporción entre quintiles



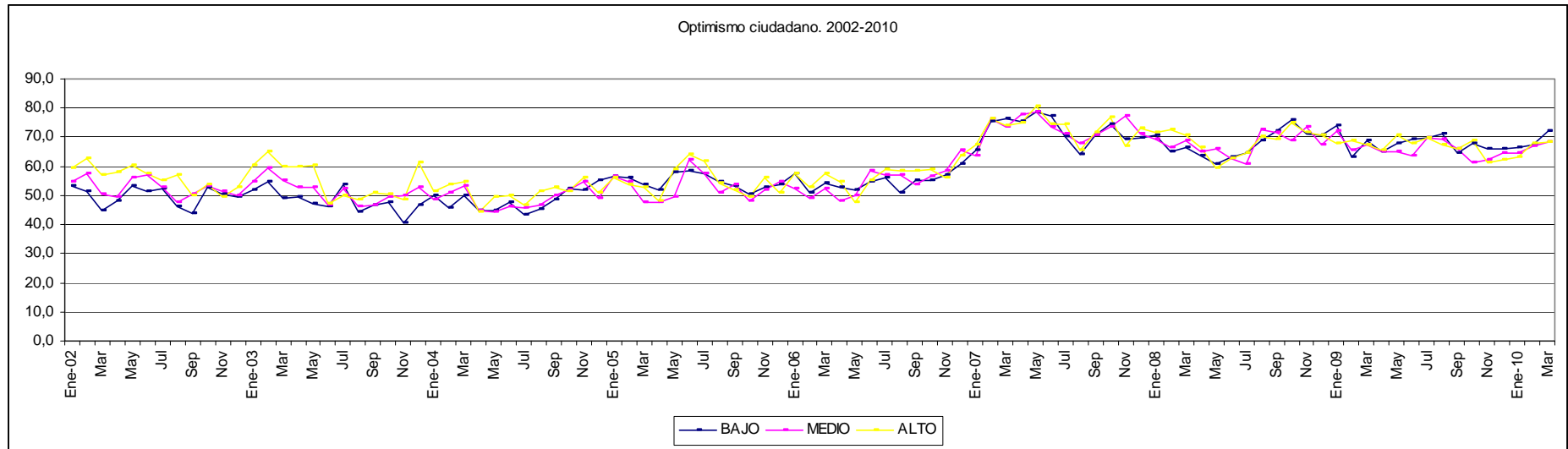
Fuente: Encuestas de hogares. Elaboración del autor

Gráfico N° 3
Coefficiente de Gini



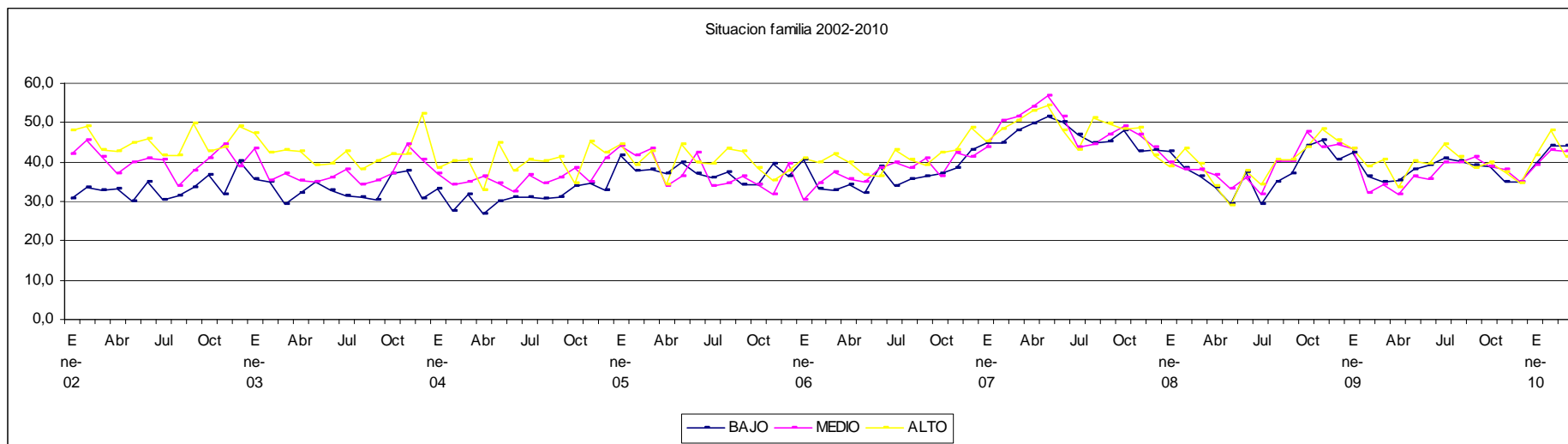
Fuente: Encuestas de hogares. Elaboración del autor

Gráfico N° 4
Optimismo ciudadano



Fuente Quantum (2010). Elaboración del autor

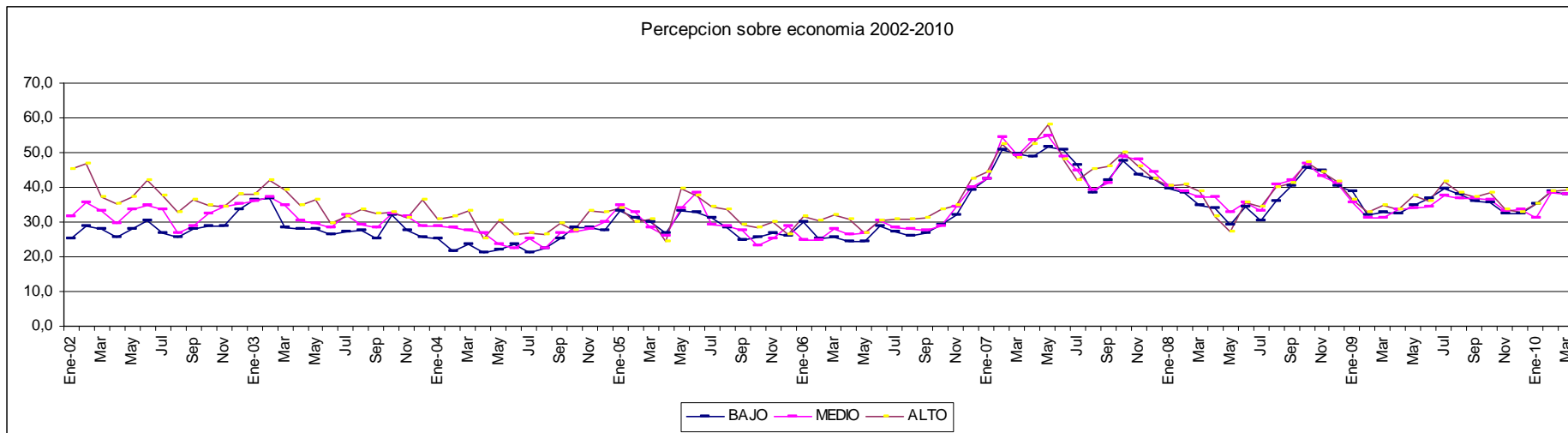
Gráfico N° 5
Situación de la
familia



Fuente Quantum (2010). Elaboración del autor

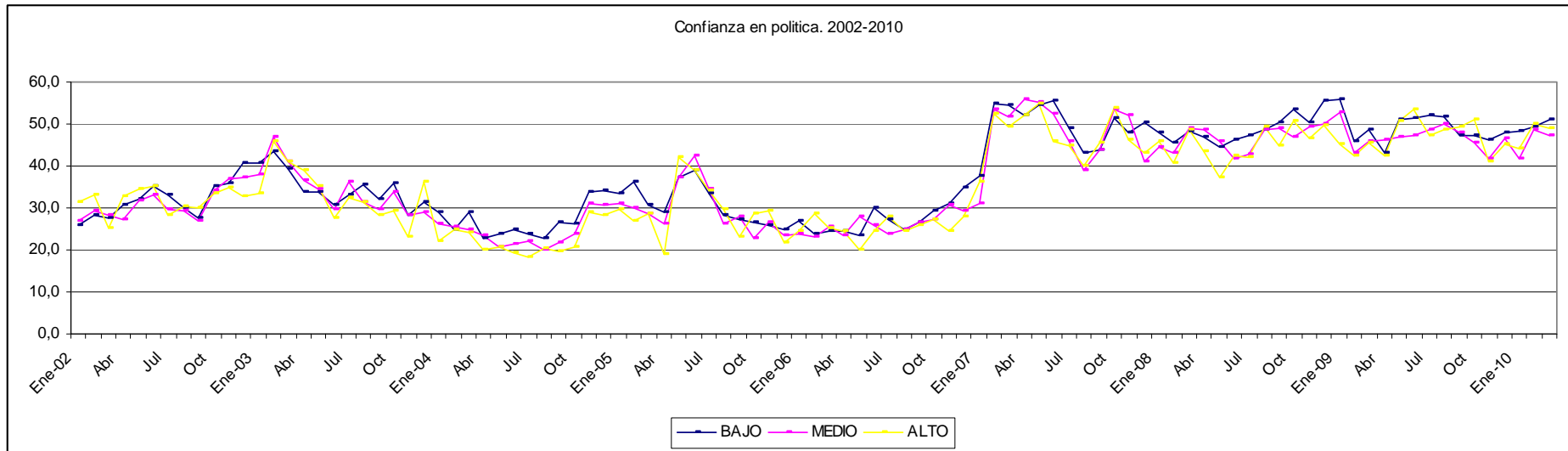
Gráfico N° 6

Percepción sobre la economía



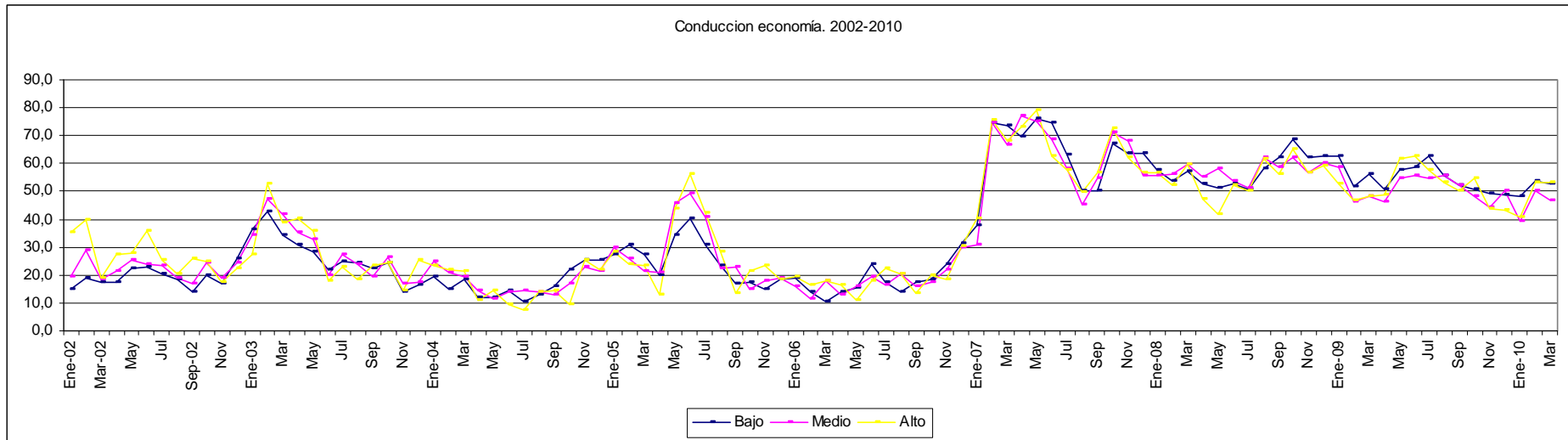
Fuente Quantum (2010). Elaboración del autor

Gráfico N° 7
Confianza en la política



Fuente Quantum (2010). Elaboración del autor

Gráfico N° 8
Conducción de la economía



Fuente Quantum (2010). Elaboración del autor